



## DE LO SERIO DE LA VIDA

**S**ERÍA de desear que este retiro diera por resultado, cuando menos, el que voy á indicaros, y sería un buen retiro: que os hicierais hombres serios.

Si yo hubiese comenzado el retiro expresando esta verdad, como parece que hubiera debido hacerlo, me habría separado de mi objeto, pues todos habriais corrido al recogimiento, y no es de éste de lo que hablaros intento. El recogimiento no es sino la flor y el fruto y lo que yo desearía es que el mismo carácter se tornase serio; el recogimiento es susceptible de más ó de menos y varía según los pensamientos y los estados del alma; mas lo que yo os deseo es un fondo de carácter serio siempre y en todo. Quien no tiene seriedad de carácter y en su fondo, de nada es capaz, y es lo que se llama un hombre, un espíritu superficial.

No os fiéis de sus palabras, porque no las piensa, habla sin ton ni son, ofreciendo una serie de incoherencias en que se ve la ausencia del juicio. En el mundo se llama necio al hombre que manifiesta este carácter, hablando á todos de todo, á diestro y siniestro.

Quien no reflexiona, adolece necesariamente de un juicio falso, pues el juicio es resultado de las ideas comparadas entre sí, y el hombre superficial no se toma este trabajo.

Tal vez tiene imaginación y memoria; obra conforme á las impresiones que recibe; para una cosa que haga, principia diez; promete y no cumple.

Lo predominante en él es el corazón; cogedle al paso, pues si no, cuando el sentimiento y el impulso hayan desaparecido, nada subsistirá.—Con un sujeto así, ¿qué pudierais hacer en la vida religiosa?

No intentéis educarle, porque perderíais el tiempo. Dadle una ocupación exterior, pues nunca se aplicará á estudios serios.

¡Qué desgracia son para el mundo estas personas superficiales cuando cuentan con fortuna! Lo que señorea al mundo y lo anega en el escándalo es la superficialidad de espíritu.

Pero esto en religión es un vicio radical, de suerte que siempre será mal religioso un hombre superficial. La gracia de las virtudes es infusa, mas su práctica se adquiere por el trabajo y el espíritu de consecuencia: se necesita cultivarlas, y eso nunca lo efectuará un hombre ligero.

La virtud es un renuevo arraigado en el Calvario y que nos confía nuestro Señor para que le cultivemos con sangre y lágrimas; en la raíz, que hasta el fondo del alma penetra, reside su fuerza; de manera que si por medio de la superficialidad dejáis al descubierto esa raíz, muere el arbusto.

La virtud exige combates en que hay que proceder con sabiduría, habilidad y vigilancia, pues se tiene delante un enemigo siempre nuevo, que varía sus ataques hasta lo infinito; de modo que si contra

él esgrimís únicamente la piedad y el sentimiento, no acertaréis á desbaratar sus astucias ni á percibirle con tiempo, sino que os sorprenderá mil veces; y cuando penséis resistir, ya estaréis heridos.

Para vivir vida interior hace falta vastísima inteligencia de las necesidades del alma. Para las virtudes de la vida común y para obedecer, no se requiere mucho ingenio; mas para vivir vida de oración, nuestra vida de adoración, la mente necesita aplicarse tanto como el corazón.

Es menester que sepáis estudiaros y estudiar á nuestro Señor, en quien continuamente debéis tener puestos los ojos como en modelo cuyas medidas, después que las hayáis tomado, apliquéis á vosotros y á vuestros deberes: asunto es éste de constante observación y de inteligente estudio, que requiere seriedad.

No bastan los libros; hace falta el trabajo personal: hay que estudiar mediante el entendimiento y la gracia á nuestro Señor, sus misterios y sus intenciones en su vida eucarística y en sus caminos por las almas. Un hombre que no sepa reflexionar, nunca permanecerá en nuestra vocación, á no ser que se sujete á rezar millares de rosarios. Para emplear vuestras tres horas diarias en el reclinatorio, se necesita que seáis sabios y elocuentes, instruidos é inteligentísimos; mas téngase en cuenta que no hablo de la inteligencia natural, sino de la que da la gracia y nuestro Señor comunica á aquel que es serio, y seriamente se dedica á vivir vida interior. La experiencia confirma lo que digo. Escoged entre los seglares á las personas más piadosas, y aun á los mismos sacerdotes, y colocadlos sobre ese reclinatorio durante nuestras tres horas, y ve-

réis cómo no saben de qué manera emplear ahí ese tiempo. Gracia es ésta peculiar de vosotros, á la cual debéis corresponder con la seriedad de la vida; reflexionad, por lo tanto, y pensad en vuestro asunto.

Todos los que se han ido de nuestro lado quejábanse de la adoración, en la cual no sabían qué hacer, y se aburrían. ¡Con que tened mucho cuidado! Corregid esa ligereza que os solevantará, ó cuando menos os privará de gozar de nuestro Señor en la adoración, de comprenderle y descubrir las arrobadoras maravillas de su amor.

Un ánimo serio es el que vive de la verdad de Dios y de las cosas; permanece en la verdad, en la realidad, y no en el sentimiento.

El hombre serio es el hombre del deber: no obra porque le agrada una cosa, sino porque el deber se lo preceptúa. Indaga la razón de su deber y de todas sus acciones para realizarlas en conformidad con el espíritu de ellas. Y no es que aspire á saber el por qué del mandato antes de obedecer, pues en seguida obedece, y á la primera indicación, sino que, en vez de hacerlo maquinalmente, fija su inteligencia en la gloria que de esta acción redundará á Dios y en el provecho que de ella resultará á la Congregación y á su alma. Así se aplica á lo que hace, y lo efectúa más perfectamente; no retrocede ante una dificultad, sino que, mirándola atentamente, triunfa de ella ó la desvía. Pero el hombre superficial progresa mientras halla gusto en ello, mas se detiene en presencia del obstáculo ó cuando su entusiasmo ha decaído.

El hombre serio analiza las virtudes.—Por ejemplo: quiero ser humilde; ¿por qué razones?—Porque

como pecador debo reparar mi orgullo; porque Jesús ha sido humilde; porque esta virtud abre el cielo, y á su medida se dará la gloria. Así va escudriñando las causas y los motivos con los cuales persuade á su inteligencia y acaba por apasionarse de la humildad.

En cambio, si procedéis por impresión ó por sentimiento, en seguida que eso pase, y es muy poco lo que dura, nada quedará.

Tomad á un hombre piadoso, pero ligero, y á un pecador, que aunque acaba de convertirse, es serio, y ponedlos á caminar hacia la perfección: ya veréis qué pronto se adelanta el segundo al primero. «Quien trabaja con celo—dice la *Imitación*—obtiene mayor provecho, aunque tenga que vencer más pasiones que el hombre de buen natural que con menos cuidado se dedica al trabajo de las virtudes.»

Hay que ser serio á fin de emplear útilmente en Dios y en el alma todo el tiempo de que se disponga. La regla no puede fijarlo todo, y aun mucho de lo que preceptúa déjase todavía á la iniciativa de cada cual; pues aunque aquélla da la forma y el método, son por extremo varias las maneras de aplicarlos individualmente, que es lo que constituye el trabajo peculiar de cada uno. Mas ¿qué cuenta daréis de esta latitud en que se os deja, si sois superficiales? Entonces perderéis el tiempo, todo se desvanecerá, todo lo arrastrará ese malhadado defecto, y ni sabréis hablar con nuestro Señor, ni oiréis su voz, ni comprenderéis su espíritu, ni podrá nada en cuanto á vosotros.

Por lo demás, ¿qué gracias pudiera confiaros? ¿Acaso queréis que todas vuestras gracias sean como el grano caído en el camino real ó en las espi-

nas, que sólo crece para ser aplastado ó sofocado? El espíritu ligero es ese camino real que todos los vientos barren, todos los transeuntes atraviesan y en el cual nada subsiste.

Se necesita ser serio á fin de elegir el mejor partido en muchos casos en que no podréis aconsejaros de nadie.—Se os confiarán cargos importantes, cuya responsabilidad tendréis; y como se presentan cosas imprevistas, tendréis que obrar por vuestra cuenta: y si sois personas ligeras, sólo acertaréis á comprometeros, con lo cual demostraréis asimismo que sois inútiles para servir á la Congregación.

Trabajad, pues, ordenadamente en la adquisición de las virtudes; seguid con espíritu de observación, con constancia; guiáos siempre por principios.—Cuando Dios quiere llevar un alma á la santidad, acostumbra darle ante todo un entendimiento serio y aun no le manifiesta su gracia de elección, sin haberla hecho reflexionar. Al hablar á los Profetas comenzaba el Señor por excitar la atención de ellos, que á su vez, al transmitir al pueblo aquellas órdenes, exclamaban: «Escucha, Israel, escucha.»

En el Sinaí multiplica los prodigios para impresionar el ánimo de aquel pueblo inconstante, el más ligero de todos en sus resoluciones; y cuando quiere nuestro Señor formar á sus Apóstoles, los aparta consigo al desierto, para que nada pueda distraerlos: quien se propone construir un arca de agua, tiene que cavar la tierra para que el agua se reúna allí y permanezca.

El hombre superficial nunca sabe qué ha de hacer, se halla en perpetua penuria; no así el hombre serio, pues siempre tiene en qué ocuparse.

Quando Dios forma un alma de oración, le da la

facultad de sondear su corazón, de habitar en sí misma, y más adelante de comprender los designios de su Providencia y de escudriñar sus caminos: *Maria conservabat omnia verba haec in corde suo.*

Poseed, por consiguiente, la seriedad de carácter desde el punto de vista de la fe, de la conciencia y de la vida religiosa: tal es la gracia que hay que suPLICAR, pues sin ella nunca se hará nada.

La ligereza es la causa primera, aunque indirecta, de todos los pecados y defectos, y singularmente de que falte el espíritu de oración, y el mismo origen tienen las adoraciones mal hechas, los olvidos de la divina presencia, la familiaridad excesiva y despreciante.

Tal vez se hallaba bien preparado vuestro corazón; pero aquella buena disposición fué inutilizada por la ligereza de espíritu, á la cual se debió que al presentarse la gracia, no estuviéseteis en vuestro interior.

La superficialidad nos promueve obstáculos incesantes, pues también el diablo procura enredar á los que tienen este defecto en mil menudos trabajos, buenos á todas luces, pero sin consecuencia, á fin de que no se vean más que á sí mismos; queda dueño del campo cuando logra meter al alma en la red de distracciones, entorpecimientos é inquietudes por medio de multitud de ocupaciones.

Es cosa experimentada que los negocios privan de la calma necesaria para la vida de adoración, y más que nada las salidas y ausencias desvanecen la facilidad de conversar con nuestro Señor; por eso en la Congregación rehúsanse las predicaciones que exigen paradas y hay severidad en cuanto á permitir las ausencias; á fin de que siempre conservéis la

seriedad de la vida adoratriz y estéis de continuo libres y dispuestos para el servicio de nuestro Señor: lo cual ciertamente es una servidumbre, pero servidumbre soberana.



## FRUTOS Y RESOLUCIONES

### DEL RETIRO

**G**UARDA ese rico depósito; soporta el trabajo y la fatiga, como buen soldado de Jesucristo; profundiza estas cosas y practicalas.» Tales eran, entre otros, los consejos que San Pablo daba á su discípulo Timoteo, después que le hizo Obispo de Éfeso.

I. *Depositum custodi*, guarda el rico depósito de la verdad.

Nuestro Señor os ha dado su verdad, os ha dicho qué cosa era obstáculo á su vida y gloria en vosotros: os ha dado buenos sentimientos y buena voluntad; habéis dado principio á una verdadera vida religiosa; guardad con cuidado ese tesoro de vuestro retiro, velando contra las tentaciones del demonio.

El cual no ataca de frente, pues su fealdad ahuyentaría; pero nos fascina, sobrecoge y nos pilla por detrás: *Circuit quaerens quem devoret.*

Ahora sabéis qué tentaciones os perturban y vencen; conocéis el modo que el mundo tiene de disiparos y ocuparos; cuidad, pues, mucho de no dejarle llegar hasta vosotros, y preservaos hasta de los Santos del mundo.

Componéis un sacerdocio real, un pueblo santo; no profanáis vuestra dignidad prodigándola, ni os mezcléis con otros.

Si la obediencia os pone en relación con el mundo, sed ángeles; es decir, mensajeros que van, cumplen su cometido y regresan al momento. No dejéis que se os acerquen demasiado. — Esto por lo que al mundo respecta.

Vigilad también al traidor que está con vosotros, que sois vosotros mismos; sujetadle á la fuerza, pues es vuestro enemigo encarnizado. Se comprende la animadversión de los Santos contra sus cuerpos, á los cuales hostilizan como á su mayor enemigo.

Desconfiemos de nosotros mismos, pues es preciso odiarnos y combatirnos sin tregua, supuesto que no bien hemos dicho «basta», cuando ya estamos perdidos.

¡Ay! ¡Somos tan flacos y cobardes, aun después de formadas las mejores resoluciones! Viene uno de confesarse, cuando la ocasión preséntase en la puerta, y las recaídas son cada vez más frecuentes. Hay en nosotros un polvorín que salta al más leve contacto con el fuego, aunque sea una chispa solamente.

*In omnibus vigila.* — Velad en todo y por todo. Vigilad sobre vuestros sentidos, y más que nada sobre vuestros ojos, pues en tanto que no fuéremos dueños de éstos, no lo seremos de nosotros.

Si queréis estar tranquilos, nunca tengáis en la mente el retrato de ninguna criatura, y recordad que son pintores los ojos.

Amad en general á todo el mundo, y encomendarlo á Dios; pero no forméis conocimiento con nadie en particular, á no ser que la caridad ó la obediencia

os lo impongan como deber especial. La obligación de hablar con la gente, dejadla á vuestros Superiores, ya que á ellos incumben las responsabilidades.

¡Oh! ¡Cuán dichosos sois por no tener persona alguna á vuestro cargo! Sois independientes, y así todo vuestro corazón, vuestra vida entera pueden ser de nuestro Señor, que es menester que se imprima en ellos por completo, no quebrado, ni roto, como en agua alterada ó destrozado espejo. Se necesita que seáis fotografías de nuestro Señor, siendo el lente vuestra alma, su amor la luz, y el modelo Jesucristo.

¡Ah! Con las criaturas sed imperiosos, adiestraos en abreviar, sed independientes y aun terribles en lo que atañe á vuestra conservación: no os dejéis enredar por telas de araña.

¡Cuántas veces he lamentado ser pastor de almas! Hállase uno de continuo como agitado mar: vienen algunos á molestaros, y con frecuencia á engañaros; hay precisión de escuchar á todos, y llegan hasta uno, á pesar suyo, las salpicaduras.

Y vosotros, que por vuestro cargo no estáis obligados á tratar con el mundo, ¿iriais á buscarlo cuando Dios no os lo pide? ¡Ah! ¡Quedaos bien resguardados á la sombra del santuario inviolable de Jesucristo, vuestro Rey, que es el único para quien estáis aquí!

II. *Labora ut bonus miles Christi.* — Trabajad como buenos soldados de Jesucristo.

Bueno es guardarse, y aun es suficiente en los comienzos, pues las virtudes trasplantadas son tiernos arbustos, que únicamente exigen ser resguardados del frío demasiado intenso ó del calor excesiva-

mente ardoroso para poder arraigar; mas luego es necesario cultivarlas; este trabajo consiste en purificarse de continuo, adquirir el espíritu y hábito de oración y aplicarse á reformar sus costumbres, conformando la vida con la de nuestro Señor. En todo lo cual se requiere generosidad, cooperación y un trabajo fiel de correspondencia á la gracia.

Habéis de comenzar por una virtud, la que debe sobresalir en vosotros, la virtud de carácter, y al mismo tiempo adquirir la perfección de vuestra regla, á la cual perfección estáis obligados como religiosos.

Debéis, en primer término, adquirir la perfección exterior de vuestra regla: la modestia, el silencio, la buena inversión de vuestro tiempo, la obediencia y fidelidad á los ejercicios de piedad. Es menester que aprendáis á estar dispuestos para todo lo que se os pudiera mandar, y á permanecer inactivos si os ordenan descansar.

Por lo que respecta al interior, mirad qué necesitáis. Observad primeramente si la conciencia os atormenta, y en este caso ¡ah, si! ocupaos en esto y dejad todo lo demás para pensar antes que nada en curarla.

Si vuestro corazón se deja tomar de las criaturas ó adormecer por la pereza, lanzadle al amor de Dios y á los continuos sacrificios, con lo que le llenaréis del divino amor, y así no quedará sitio para la criatura.

Si es la mente la que adolece de superficialidad, enclavada en la Cruz de Jesucristo: tened un pensamiento fijo, sorprendente y conservadlo durante muchos días seguidos, en los cuales ocupe él sólo vuestra mente; porque ésta es como un niño que

cuanto más se distrae, á más distracciones aspira, y hay que sujetarla por medio de algo que viva-mente la sorprenda, ó con algún pensamiento patético que la conmueva.

Ponedla frecuentemente en presencia de Dios; tened un pensamiento que os despierte y mandádselo á Él continuamente; pues si á vuestra mente le conferís poder sobre algún punto, se lo concedéis sobre todos los demás, con lo cual adquiere un poder de principio y de acción, no ya sobre una acción solamente, sino sobre todo lo que se tenga que hacer.

Elegid aquel pensamiento que más os convenga, pero no os fiéis demasiado ni de vuestro corazón ni de vuestra inteligencia; así como tampoco habéis de deteneros exclusivamente en vuestra conciencia; sino que el resultado práctico y continuo del retiro sea el moveros á entrar de una vez para siempre en la mortificación de nuestro Señor Jesucristo, interior y exteriormente.

III. *In his esto*: estad en esto, y de este modo echad nuevamente mano á la obra del retiro.

Poned mano en el negocio de vuestra enmienda, y para esto comenzad por lo exterior; pues aunque con frecuencia he sentido el principio de que hay que ir de lo interior á lo exterior, principiando por reformar lo interior antes de proceder contra los defectos exteriores, esto es verdad teóricamente y en cuanto á las almas que ya son interiores, las cuales no caen sino por flaqueza, habiendo ya dominado sus más considerables defectos exteriores, y libran el combate especialmente en su interior; mas no puede decirse lo mismo respecto á los que comienzan. Como pobres pecadores que necesitan conseguir su perdón, buscáis vosotros á Dios, y antes que

nada os hace falta poner os en paz con Dios, destruyendo los obstáculos que proceden de afuera, y conseguir la fuerza de mortificación sobre todo lo que es material, y os detiene y lleva al mal. En la oración no habéis pasado de niños, por lo cual, si en ella no disponéis de libros, no sabéis cómo ocupar os, pues aún no sois capaces de andar bajo la inspiración interior de nuestro Señor.

¿Qué convendrá decir á éstos? ¿Que no se ocupen sino en el trabajo y combate interior? No.

En el estado en que os halláis, menos importa para vosotros el progreso interior que desprender os de las trabas de los sentidos; menos adelantar que purificar os y extirpar en vosotros las raíces del pecado.

Claro está que amáis á Dios, pero como niños; no habéis arraigado en el Calvario; por lo que, si ahora os lanzaseis por los caminos interiores sin el freno de la mortificación y de la reforma exterior, os volveríais fanáticos ó visionarios.

Querer aplicar los principios de la vida de unión y de amor interior á almas que aún están llenas de sus sentidos, es edificar sobre un suelo movedizo y sin cimientos.

La gracia de Dios trabaja en el interior; pero á nosotros toca añadir el trabajo exterior, pues ella marcha de dentro á fuera, y nosotros, en nuestra cooperación, debemos proceder de fuera á dentro.

Hay que juntar las dos cosas y no separarlas: por dentro llenarse de amor mediante la oración, y por fuera purificarse por la mortificación.

Fácil es decir «amo á Dios»; pero si esta palabra no va seguida de la mortificación, es vana y sin fundamento, porque el amor propio ocupa el puesto del amor de Dios.

Sólo el amor forma los Santos: nada tan cierto como este principio; pero hay que aplicarlo con discernimiento; ahora bien: para nosotros el amor de Jesucristo es su cruz.

Por consiguiente, hay que establecer como base y ejercicio del amor la mortificación personal debida por justicia y penitencia; y en caso de que no se haya pecado, la mortificación por amor, inspirada por el ejemplo de los sufrimientos de nuestro Señor.

Poned vuestra confianza en Dios, y reñid el gran combate de la mortificación,

No miréis ahora los años y años que habrá que vivir en esta lucha, pues actualmente carecéis de la gracia del porvenir, y en cambio á cada instante le llegará su gracia suficiente.

La de hoy es de aceptar el combate y adoptar una resolución generosa: contentaos con esto, y contad con la gracia para más adelante.

Además, fundad en sólo Dios la prosperidad de vuestro resultado, y únicamente con Él contad; para vencer, confiad en su gracia, sin apoyar os excesivamente en los medios, por buenos que sean, ni en el buen éxito de vuestras oraciones, ni en la victoria que conseguir podáis contra vuestros defectos, porque quien analiza su buen éxito, lo pierde.

No os hagáis la ilusión de que no vendrán las derrotas, y así no lograrán desanimaros, y cuando hubiereis caído, confesad vuestra falta é impotencia, y pedid á Dios que os tienda la mano.

La humildad que de nuevo se levanta es una victoria completa, y se hace más vigilante, pues á veces Dios no santifica á las almas sino por medio de sus caídas y miserias. Tan inclinados somos al orgullo, que si Dios no nos humillara á veces, llega-



ríamos á ser más orgullosos y malos que Satanás, porque, con tanto orgullo como él, le aventajamos en losquedad.

Os causará pesar el que Dios os conduzca por este camino de humillación. ¡Pero cómo, si es un favor! Así todos se compadecerán de vosotros y os socorrerán; mas si apareciereis más ricos que los demás, todos intentarían robaros. No; adoptad el traje de vuestro Maestro, que si se mostrase en su gloria, el mundo entero se le acercaría: mas como es pobre y humillado, todos le dejan: gustad de ser desconocidos y humillados juntamente con Él.

He terminado. Dejo en manos de nuestro Señor el que en vuestras adoraciones os dé por sí mismo el retiro eucarístico y os enseñe su vida de amor, de oración é inmolación al Santísimo Sacramento, pues yo no he querido ser sino como un Juan Bautista, que clame: «¡Haced penitencia!» Os he enseñado el camino y os he conducido hasta la puerta de la santidad: en ese punto me detengo.

Ahí tenéis á vuestro Salvador, á vuestro Rey, á vuestro Señor: ¡amadle, glorificadle, servidle! ¡Este es mi único deseo!



RETIRO  
 PREDICADO Á LAS SIERVAS  
 DEL  
 SANTÍSIMO SACRAMENTO